

Asolamientos

Cuanto más te disfraces más te parecerás a ti mismo
José Saramago

Cada pintura, en cuanto a su dialéctica inmediata, es materia efímera. Materia, porque para ser real, más allá de los pigmentos y el soporte que le dan sustancia, el objeto artístico requiere ser tangible para quién lo percibe: debe acumular su pleno ser en los sentidos del espectador; discutir o conversar con él; (con)moverlo; probarle su validez y, en ocasiones, desafiarlo. Efímera, porque este contacto es sutil, momentáneo y, en ocasiones, irrepetible. En una palabra la pintura es un experimentar, un percibir algo por propia experiencia en un punto diminuto del espacio y del tiempo.

Además, el objeto artístico *per se* es parte de un proceso que se gesta meses o años antes del momento en el que el artista declara finalizada una pieza pues el arte verdadero proviene de la propia vida del creador, de sus experiencias y de sus instintos. Un proceso que además no deja de lado lo práctico y lo elemental pues implica que el artista debe asumir que la labor primaria del arte no consiste en otra cosa más que en trabajar, producir, hacer, deshacer y reflexionar una y otra vez en busca de respuestas. Erguirse con respeto o valentía frente a la placa de metal o del lienzo y permitirse guiar a través de caminos muchas veces insospechados contando tan sólo con las herramientas que se encuentran a su disposición.

Emiliano Martínez ha experimentado el arte no sólo como artista sino también como colaborador de los procesos técnicos y conceptuales que le permiten a una obra gráfica cobrar vida y permanecer. Esto le ha permitido desarrollar una visión propia que se ha nutrido además de los múltiples lenguajes artísticos que conviven en su ciudad natal y de los cuales el artista ha sido testigo respetuoso y fiel estudiante. Un lenguaje personal que, en esta etapa temprana de su carrera, comienza a dar muestras de entender que el arte, para materializarse, requiere de voluntad, tiempo y contacto con las sustancias que construyen, cual rompecabezas, la totalidad de una pieza. Ésta es la razón por la cual en su obra se aprecia, como reconoce el mismo autor, una necesidad primordial de “bruñir” la pintura, de sublimar las ansiedades propias de su ser rasgando ya sea con un clavo, con una navaja o con una espátula la superficie del lienzo para, de algún modo, formar parte de la misma materia pictórica. Ser y estar en la propia obra a través de un ademán caótico pero, a fin de cuentas, real.

Este actuar al mismo tiempo en contra y a favor de la obra contrasta de alguna manera con su fascinación por el buen trazo en la construcción y deconstrucción de figuras humanas que se guían por cánones tradicionales más no necesariamente académicos. Estas imágenes que, en muchas ocasiones aparecen incompletas, han sido “extraídas” de la tradición pictórica y escultórica de la iglesia occidental con plena consciencia de parte del autor pues éstas, en su más temprana infancia lo conmovieron y lo orillaron a cuestionar su origen y su sentido. En consecuencia y, después de varios años de

reflexión, el artista, desde un punto de vista personal, logró comprenderlas como algo sublime: pasión petrificada o devoción piadosa imbuida en un lienzo.

Este entendimiento de la iconografía personal del autor, aunado al recorrido visual de la obra que conforma esta exposición, nos permite apreciar el interés genuino del artista por producir, por crear, a pesar de las circunstancias propias y ajenas. De exponer su cercanía al “instinto del tánatos” como el mismo artista alude a la propia necesidad de destrucción y auto-destrucción, de buscar y desear con paciencia una muerte envuelta en un éxtasis de pasión.

Por esta y otras razones la sintaxis particular y general de la obra de Emiliano Martínez no tiene un sentido calculado ya que más bien este joven autor busca que el final de una pieza lo dicte el momento en el cual la obra se convierte en un espejo de sensaciones efímeras cercanas además, a la naturaleza. Ésto se ve reflejado en la cromática de su obra pues matiza la ansiedad presente en sus lienzos con el uso de tonos cálidos —ocres, verdes pardos, terracotas y dorados— que nos remiten a la paleta de colores utilizada con profusión en las obras pictóricas realizadas en la Baja Edad Media y durante los inicios del Renacimiento.

Al final, Emiliano Martínez nos obsequia con sus “Asolamientos”, muestra pictórica de 26 óleos, una experiencia singular y propia. Una propuesta que se enmarca sin lugar a dudas en el tiempo y en el lugar en los que el artista vive y respira. Momentos de violencia, caos e incertidumbre se ven reflejados en los inquietantes procesos semióticos de cada una de estas piezas. Una exposición que también nos ofrece una promesa: que, como artista, posee la voluntad suficiente para crear y para producir. Para materializar, con juventud, ingenio, *pathos* y esfuerzo una obra pictórica que intente perdurar en el tiempo pero que, sobre todo, afirme en la tesis de su propia ejecución que en ella hemos de encontrar los albores de las llamas de una pasión irreductible por vivir, por sentir, por pensar. El alma y la materia primordial del arte vivo.

Javier Rosas Herrera, Septiembre de 2016